



**FUEGO  
EN EL  
INFIERNO**

**Scriptor**

La mujer bajó la vista y se miró los zapatos de tacón. Unos largos y finos tacones, acordes con sus largas y estilizadas piernas enfundadas en medias oscuras.

Luego subió la mirada hacia su acompañante y, tras detener la vista en él durante unos instantes, sonrió bajando nuevamente la mirada, algo avergonzada. El hombre era aún más alto que ella, de espalda ancha y cuello recio, sonrisa encantadora y unos ojos de un marrón profundo en la que se había perdido varias veces durante el transcurso de la cena y que después, en el baile de la gala de la empresa, los había visto frecuentar el escote de su vestido de satén. Su mirada la volvía loca y la excitaba la libido a niveles impensables. El viaje en automóvil había sido rápido por las calles de São Paulo, en busca de su piso en un barrio periférico. La mujer conducía sin respetar las señales de tráfico ni el resto de vehículos. Quería demostrarle que no solo era unos pechos turgentes y un trasero redondo. Él le había recordado que no tenían prisa, que no fuera tan rápido. Ella le hizo caso durante dos manzanas para luego, mordiéndose el labio inferior de placer al notar sus ojos marrones clavados en sus pechos, volver a acelerar más tarde, cruzando las calles de la ciudad a ciento setenta por hora, convirtiéndose las farolas y los semáforos de la noche en fugaces ráfagas luminosas que se abrían a su paso.

—Você pressa, mulher? —preguntó el hombre sujetándose al salpicadero del coche.

Pues claro que tenía prisa. ¿Quién no la tendría si tu acompañante cobraba doscientos reales por hora? Además, aún le quedaban tres horas en su compañía y pensaba disfrutarlas íntegramente en la intimidad de su casa, con la mínima ropa posible; a ser posible, ninguna.

Entraron como una exhalación en el garaje y las ruedas chirriaron al frenar el coche en la plaza de aparcamiento con una maestría digna de un piloto profesional. Sus tacones repiqueteando por el suelo levantaron ecos en el espacio cerrado y los dos se dirigieron hacia la puerta del garaje que conducía al edificio.

—Nós quase foi morto. Você está louca. —sonrió el gigoló detrás de ella, hipnotizado por la cadencia de compases que marcaban las nalgas de la mujer al andar. Dos glúteos perfectos, respingones. Solo la fugaz sombra de un tanga ceñido bajo el estrecho vestido les separaba uno de otro.

La mujer volvió ligeramente la mirada hacia el hombre mientras pulsaba el botón de llamada del ascensor. La encantaba sentirse deseada por aquel profesional. No solo deseada, sino estudiada su anatomía al detalle. Se estremecía al pensar cuánto juego podría darle aquella mirada lasciva en la cama. Notó su entrepierna húmeda, igual que su boca.

Subieron hasta la última planta y la mujer introdujo una tarjeta electrónica en una ranura y abrió la puerta de uno de los dos áticos exclusivos del edificio. Pocos áticos había en aquel barrio. Lula da Silva había contenido la furia urbanística pero ella había sido más rápida que los demás mortales al apropiarse de aquella estupenda vivienda antes de que la desmedida expansión inmobiliaria fuese frenada. Tenía dinero de sobra, un buen trabajo y un buen cuerpo. ¿Qué más se podía pedir?

Un buen polvo.

En cuanto la mujer cerró la puerta de la casa con un golpe de cadera, se abalanzó sobre el gigoló, y le hundió la lengua en aquella boca tan apetitosa y que había estado deseando con tanto ahínco durante toda la noche. La reacción del hombre no se hizo esperar y fue consecuente: un largo y profundo beso varonil dio paso a un hábil juego de manos para abrir la cremallera del vestido de ella, situada en la cintura, bajo la espalda desnuda, para luego dejar caer al suelo el vestido. Después, con algún esfuerzo, hizo separar a la mujer de él para contemplar mejor su cuerpo.

Hombros redondeados, suaves, seguidos de unos pechos hinchidos, jóvenes y lozanos, coronados con oscuros pezones desafiantes.

La mujer se llevó las manos a la espalda y agachó la cabeza algo avergonzada al sentir la mirada valorativa del gigoló. ¿Por qué se sonrojaba tanto? Al fin y al cabo, ella era la que pagaba; no tenía derecho a valorar su cuerpo con esa mirada como si solo fuese un par de tetas jóvenes y un coño sediento. Debía ser ella, por supuesto, la que mandase. Pero sentirse como un objeto, un objeto divinizado, idolatrado, reverenciado, la excitaba demasiado como para poder resistirse.

—Calcinha e meia-calça, eu quero ver você nu, vadia — demandó el hombre.

Y la mujer, convencida en su interior de que era ella la que debía exigir, pero sin poder resistirse, obedeció sin rechistar. No osó levantar la vista hacia el gigoló.

La mujer se desnudó y quedó de pie, delante del hombre. Tragó saliva. Su vientre terso pero algo tembloroso, transmitía la excitación que su sexo brillante y afeitado desbordaba e iba seguido de unas piernas delgadas, de esbeltas curvas que terminaban en los zapatos de alto tacón que el hombre había omitido en su orden.

La mujer se retorció los dedos a su espalda, presa de una excitación que pocas veces había sentido. Le palpitaba las sienas sudorosas, los pechos se hinchaban al tomar aire con desesperación, las humedades de su sexo empapaban la cara interna de sus muslos morenos y sus pezones tiznados estaban tan erectos que notaba su misma respiración arañarlos. Y esa respiración agitada se convirtió en furioso inspirar cuando levantó la vista hacia la entrepierna del hombre y descubrió, encantada, la manifiesta hinchazón. Nn miembro de enormes proporciones se intuía bajo el pantalón.

El gigoló cogió de la mano a la mujer y la llevó con paso ligero hasta el dormitorio donde la lanzó sobre la cama, quedando ella abierta de piernas. El cuerpo femenino parecía rogar por acoger cualquier estímulo que la diese placer. La mujer respiraba rápido y esa respiración se convirtió en furia descontrolada al ir viendo como el hombre se desnudaba en la penumbra de la habitación.

Los ojos de la mujer se abrieron descomunales al ver el tamaño del miembro erecto del hombre. Una explosión en su vientre la hizo notar su hendidura aún más húmeda, aún más desesperada. El hombre, además de un espléndido pene, poseía un cuerpo esculpido y firme de pectorales marcados y abdominales perfectos. La mujer sonrió lasciva, sintiendo como la saliva que anegaba el interior de su boca fluía por las comisuras. Estaba tan excitada que creyó que la vista le fallaba cuando un destello rojizo surgió de los ojos del gigolo al posarse sobre ella en la cama.

El hombre la cubrió de besos y caricias todo el cuerpo, evitando posar sus labios y lengua sobre el sexo palpitante que parecía burbujear fluidos como una falla volcánica. Cuando, por fin, comenzó a hundir su miembro en la hendidura, la mujer gimió ansiosa y, con una fuerza nacida de la desesperación por conseguir el mayor placer posible, hundió sus uñas en el duro trasero del hombre, obligándole a ensartar su interior, a enterrar muy hondo aquel miembro divino en su interior, a sentir el aliento encendido de aquella boca.

La cópula se desarrolló en movimientos rápidos, precisos. Los gemidos dieron paso a los gritos sin pasar por los jadeos. La extrema lubricación de la vagina facilitó la velocidad y, pronto, el cuerpo de la mujer comenzó a agitarse al son de unos gritos que iban aumentando de volumen, convirtiéndose en chillidos.

La mujer cerró los ojos con fuerza y exhaló un gemido gutural al sentir las contracciones del vientre, preludeo certero del orgasmo. Aquel hombre la follaba sin darla tregua, sin mermar las fuerzas, sin mostrar ninguna debilidad. Sus tripas se revolvieron y su vientre se tensó como como la piel de un tambor. Atenazó con sus piernas el trasero del hombre para permitir un internamiento más hondo en su vagina, un internamiento que la desgarrase y la partiese en dos. Aquel orgasmo iba a ser glorioso, lo presentía. Todo su cuerpo estaba expectante ante la inminente llegada del placer. Sí, ahí llegaba, ya venía; arrollador, imparable. Su corazón latía a mil por hora. La mujer gritó extasiada.

Y, de repente, todo terminó. No hubo orgasmo, no hubo explosiones de colores bajo sus párpados. La mujer mantuvo el grito pero ya no reflejaba placer sino desencanto. Su orgasmo se había esfumado, como si jamás hubiese existido.

La mujer abrió los ojos entre la confusión y el decepción, entre la furia y la desilusión. Y ahora sí que gritó fuerte. Más que un grito fue un chillido de rabia.

Los ojos del hombre, que la contemplaban sonriente, con gesto impasible, llameaban con un fulgor rojizo que teñía de carmesí toda la piel circundante. Eran unos ojos que no eran humanos, no podían ser humanos, era imposible que fuesen humanos.

Y la mujer, mientras seguía chillando, ya no de rabia sino de miedo, se convenció, con una certeza absoluta, que esto no era un sueño. Ni una pesadilla. Era real.

Aquel ser de mirada cegadora que seguía follándola no era real.

Un estallido de esperma bañó el interior de su vagina. El hombre de mirada inhumana retiró el miembro reluciente del interior de la vagina y volvió a hundirlo haciendo que el semen desbordase la entrada.

La mujer estaba paralizada. Su cuerpo ahora sí era un simple receptáculo, cálido y húmedo, para acoger la inmensa polla. Aún sentía el descomunal miembro en su interior, pero no le importó descender a la categoría de mero objeto donde enterrar un pene. Ahora solo sentía dolor. Notaba su sexo amoldarse al pene, pero no extrajo ningún tipo de emoción, ni positiva ni negativa, de aquel acto.

El hombre se corrió una segunda vez bajo la mirada indiferente de la mujer. Sus pechos se revolvían sin vida, su cuerpo se agitaba por inercia. La mujer sólo se mordió el labio inferior cuando sintió una segunda descarga de semen en su interior, pero fue debido al dolor de la fricción del pene dentro de su vagina seca. ¿Me ha violado?, pensó la mujer para sí. Así sería si me importase, se dijo. Pero no le importaba. La mujer no concedía ninguna importancia ya a aquel crimen.

Los ojos rojizos del hombre vibraron satisfechos.

—Sua alma é mina, vadia —dijo el gigoló al salir fuera de ella y limpiarse el miembro con las sábanas. El tono de voz era más grave, más potente, más categórico. Y sus pupilas llameaban ahora como brasas cegadoras—. Você pode ter a sua casa, seu dinheiro e sua vida, mas eu vou tomarão sua alma.

La mujer acogió aquella confesión como si la contaran la muerte de una hormiga, con hastío.

El hombre se levantó y se vistió. Recogió el dinero que había encima del aparador del pasillo, abrió la puerta y se marchó.

Al cabo de media hora, la mujer se levantó de la cama, caminó con andares temblorosos, como si fuera ebria, y abrió el cajón de los cubiertos. Sacó un tenedor y, sin pensarlo, se lo clavó en la garganta.

Seguía viva. Se intentó sacar el tenedor. Los discos de la tráquea tenían bien sujeto el cubierto. Hizo fuerza y notó un desgarró en su cuello. No hizo falta un segundo intento. Un chorro de sangre manchó el suelo de la cocina y la mujer se derrumbó sobre la encimera, arrastrando tras de sí un aparato de radio que se encendió al máximo volumen.

El fortísimo sonido sacudió la noche de aquel barrio de São Paulo y solo algunos vecinos de las viviendas inferiores del edificio protestaron por aquel alboroto. El resto de la ciudad siguió con su vida nocturna.

—¡Regocijaos, hermanos míos! —clamó el sacerdote desde el púlpito de la iglesia abarrotada— ¡Regocijaos porque la venida del señor está próxima y vuestros pecados, todos ellos, serán perdonados!

La multitud apiñada en los bancos de la iglesia, en los pasillos y junto a las paredes del pequeño templo contemplaba con mirada arrebolada al sacerdote, bebiendo sus palabras, respirando sus arengas. Ni un solo murmullo se oía y solo la respiración entrecortada de los más devotos feligreses era el único ruido que acompañaba a las palabras del sacerdote.

Aquel domingo, el pueblo entero se había reunido en la pequeña iglesia y, aunque luego el sacerdote viajaría a otras localidades próximas, muchos eran los vecinos de los otros pueblos que también habían acudido a la misa con tal de sublimar en sus cuerpos una parte de la ceremonia.

Solo una mujer, casi invisible entre los cientos de feligreses, no prestaba atención alguna a las palabras del sacerdote. Detrás de sus gafas de sol, su mirada se paseaba por los innumerables asistentes y una media sonrisa, obscena en aquel sagrado lugar, era signo inequívoco de que no había acudido a aquella iglesia por los mismos motivos que el resto de la gente.

Media hora más tarde, acabada la misa, mientras los asistentes estrechaban la mano de aquel sacerdote tan entregado, de palabras tan inspiradas, la mujer se quitó las gafas de sol y las guardó en su bolso de Prada, a juego con su vestido de escotes y transparencias de pasarela, e hizo repiquetear sus tacones al andar en dirección al párroco. Cuando pocos feligreses quedaban ya en el templo, se acercó a él.



El sacerdote, en cuanto vio a la mujer con su vestido obsceno en aquel santo lugar, demudó su cara hacia la sorpresa y luego hacia la indiferencia. La mujer permitió que la iglesia se vaciase y, cuando solo quedaron ellos dos, el sacerdote, sin mirarla, se refugió en el confesionario alojado en una esquina del templo. La mujer emitió una débil carcajada seguida de un bufido para después caminar hasta el confesionario y arrodillarse sobre el escabel mullido.

—Padre, perdóneme porque he pecado —susurró la mujer sin poder contener una risa nasal.

—¿Qué diablos haces aquí, recadera? —preguntó el sacerdote con voz aguda.

—De diablos va el asunto, ciertamente —rió la mujer.

El sacerdote, sentado en el pequeño asiento de madera, se revolvió inquieto.

—Me envía nuestro Señor —dijo la mujer con gravedad, eliminando cualquier rastro de sorna de su voz.

—¿Qué quiere de mí? Ya le repudié hace mucho tiempo. Y él tampoco me ha hecho caso desde entonces. Los dos somos más felices ahora.

—Él no. Requiere de tu servicio.

—Dile que ya no le sirvo, ya no obedezco sus órdenes.

La mujer sonrió, encantada con la fragilidad de la voz con que el sacerdote respondía.

—Te ofrece la mortalidad, la mundana mortalidad o tu ansiada redención, si así lo ves. Pero sólo si le sirves una última vez.

La mujer esperó la respuesta del sacerdote durante unos segundos y se sobresaltó al verle aparecer a su lado, fuera del confesionario. De sus pupilas surgía un fulgor rojizo llameante, el mismo que también se adueñaba de las pupilas de la mujer.

—Tenemos tres descarriados —continuó la mujer poniéndose de pie—. No sabemos quiénes son ni dónde están. El Señor supone que son demonios jóvenes, inmaduros y alocados. No respetan la jerarquía ni los más básicos preceptos. Hay que eliminarlos.

—¿Qué han hecho para que hayan sido condenados?

—Repudiar a nuestro Señor.

—Igual que yo, entonces —murmuró el sacerdote cruzándose de brazos.

La mujer bajó la mirada y estudió el estupendo cuerpo mortal que exhibía el sacerdote bajo la sotana. Ninguna prenda podía ocultar de su mirada la superficie de una envoltura mortal y se maravilló de lo bien que le sentaban los años a aquel cuerpo humano. La mujer subió la mirada hasta el rostro del sacerdote. Un cabello corto, plateado en las sienes, enmarcaba un rostro de duros vértices. Pómulos marcados y cejas espesas, nariz aguileña y unos labios finos que iban seguidos de un mentón cuadrado coronado con un profundo hoyuelo.

—No, igual que tú no, sacerdote. Tú respetas al Señor. No le obedeces, pero no te burlas de él. Ellos le ridiculizan y, además, se aprovechan de su condición de recolectores de almas mortales para apropiarse de ellas sin enviarlas al Tártaro.

—¿Qué hacen con ellas? —preguntó con curiosidad el sacerdote.

—Lo ignoramos, pero eso no es lo más grave de su conducta.

El sacerdote enarcó una ceja, inquiriendo más información.

—Obtienen el alma mortal yaciendo con mortales y apropiándose de su comunión orgásmica.

—O sea, que se follan al mortal y les roban la corrida.

La mujer frunció el ceño y arrugó los labios divertida al oír esas palabras de labios de un ministro de Dios.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

